

# Una cineasta aún por descubrir

AGNÈS VARDA. DE MARS À MAI

Un tiempo antes de su muerte, acaecida en marzo de 2019, Agnès Varda gozó de cierta popularidad (más allá de Francia, dónde su personalidad fue especialmente estimada) debido al éxito de *Caras y lugares* (2017), una creación compartida con el artista J.R. que hasta fue nominada al Oscar al mejor documental en 2018 después que la cineasta recibiera uno honorífico. Aunque, como decía ella misma, Varda nunca tuvo un público multitudinario, sino que fue atrayendo algunos espectadores en casi todas partes, este reconocimiento final tuvo precedentes en el curso de su dilatada carrera cinematográfica a través de la especial recepción de diversas películas, casi una por década: *Cleo de 5 a 7* (1961); *Una canta, la otra no* (1976); *Sin techo ni ley* (1985); *Jacquot de Nantes* (1991); *Los espigadores y la espigadora*; y la autobiográfica *Les plages d'Agnès* (2008). Sin embargo, buena parte de su filmografía es bastante desconocida, debido a la libertad con la que fue (auto)producida en los márgenes de la industria, al uso de formatos (ese gusto recurrente por las pequeñas piezas ensayísticas) poco propicios a la distribución comercial y, entre otros elementos, a la atención al documental, si bien concebido de una manera muy personal y creativa por parte de quien siempre desbordó las fronteras y las convenciones genéricas. Dada la escasa visibilidad de muchos de sus trabajos, cosa que sucede de una manera evidente en España, resulta más que pertinente esta retrospectiva completa de su obra fílmica que, sin duda, procurará gozosos descubrimientos al público del Cine Doré.

Habiendo ejercido como fotógrafa profesional, pero sin tener ninguna experiencia cinematográfica previa, Varda dirigió en 1954 su primera película, *La Pointe-Courte*, alternando escena por escena imágenes documentales de un barrio de pescadores de Sete con una ficción dramática sobre una pareja en crisis. Esta alternancia se relaciona con otras dualidades que, con sus variaciones en cada uno de los filmes para los cuales Varda siempre inventó sus propias reglas, definen una manera de hacer cine entre la realidad y la representación, la naturalidad y el artificio, la verdad y la mentira. Cuatro años más tarde, en 1958, realizó su primer documental explícitamente subjetivo, *L'Opéra-Mouffe*, creando una dialéctica entre las crudas imágenes realistas de un barrio parisino entonces popular (y transitado por marginados) con sus fantasías en un momento en que estaba embarazada de su hija Rosalie. Tras incrustar con *Cleo de 5 a 7* una mirada de mujer en el mundo tan masculino de la Nouvelle Vague, viajó a la Cuba revolucionaria para después, en *Salut les Cubains* (1963), animar centenares de fotografías propias y utilizar por primera vez su voz en "off", un trazo que se convirtió en una característica de sus documentales, aunque también se hace presente en algunas ficciones. Rodando en los paisajes de los pintores impresionistas, experimentó por primera vez con el color en *La felicidad* (1964) y, después de fracasar estrepitosamente con *Las criaturas* (1965), hizo una estadía en Los Angeles junto a Jacques Demy que aprovechó para conocer a su *Uncle Yanco* (1967), filmar las protestas de los *Black Panthers* (1968) e imaginar una ficción loca sobre el nuevo Hollywood en *Lions Love* (1969). De vuelta a París, donde habitó durante más de 60 años en una casa de la Rue Daguerre, retrató a sus vecinos comerciantes en *Daguerréotypes* (1975) y concibió el musical feminista *Una canta, la otra no*. En una nueva etapa en Los Angeles, se fijó



Les Plages d'Agnès (Agnès Varda, 2008)

en los murales pintados (*Mur murs*, 1981) y siguió a una mujer triste deambulando junto a su hijo (el propio Mathieu Demy) en *Documenteur* (1981). Años más tarde, siguió a otra mujer, una vagabunda que camina hacia la muerte, en *Sin techo ni ley*, una película construida como un puzle que se quiere incompleto, tal como es el caso de *Jane B. par Agnès V.* (1987) dónde se autorretrata, en un juego de espejos, a través de una Jane Birkin cubierta de disfraces. Poco después murió su amado Jacques Demy y se consagró a la memoria de la vida y la obra de *Jacquot de Nantes* (1991), en la que recreó el mundo de su marido.

Con el cambio de siglo, mientras también fue experimentando con video-instalaciones, empezó a utilizar la cámara digital. Con ella se acercó a los "espigadores" que, recogiendo lo que otros desechan, configuran un documental que continúa revelándonos sobre una sociedad entre la opulencia y la precariedad, el despilfarro y la necesidad. Y, como espigadora, también se autorretrató. Mostrándose en sus imágenes aún hizo más visible su subjetividad, siempre abierta a la alteridad. Con la voluntad de testimoniar la realidad y a la vez dejar fluir la imaginación, la subjetividad vardiana, nunca ensimismada, se construyó a través de la curiosidad viva por los otros. Y, desplegándose a través de sus filmes, podemos reconocer la fascinación por los rostros, que empezó a retratar siendo fotógrafa; la mirada poética que revela lo extraordinario de lo ordinario; la influencia del legado pictórico; la sensibilidad ante los seres marginales y las cosas frágiles que desaparecen; los dobles, las dualidades y los espejos; el espiguelo y reciclaje de las propias imágenes; el sentido lúdico y los juegos de palabras; la idea de mirar y representar de otra manera el cuerpo de las mujeres; la disposición al azar vinculada a una actitud gozosamente abierta a lo inesperado. Una subjetividad que nos interpela desde la libertad. ●

**Imma Merino**

Periodista, docente y crítica de cine

**Durante marzo, abril y mayo, Filmoteca Española ofrecerá, por primera vez en España, una retrospectiva completa de la obra de Agnès Varda. Además, Rosalie Varda, hija y colaboradora de la cineasta, acudirá al Doré los días 19, 20 y 21 de este mes, e Imma Merino ofrecerá un curso sobre el cine de Varda en abril.**